

Jaime Tatay, SJ

SÍMBOLOS
DE RESURRECCIÓN

SAL TERRAE

© Editorial Sal Terrae, 2022
Grupo de Comunicación Loyola
Polígono de Raos, Parcela 14-I
39600 Maliaño (Cantabria) – España
Tfno.: +34 944 470 358
info@gcloyola.com
gcloyola.com

Imprimatur:
✠ Manuel Sánchez Monge
Obispo de Santander
17-12-2021

Fotografías:
Alberto Dilolli

Diseño de cubierta:
Félix Cuadrado Basas (*Sinclair*)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com / 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Impreso en España. *Printed in Spain*
ISBN: 978-84-293-3056-4
Depósito legal: BI-36-2022

Fotocomposición:
Rico Adrados, S. L. – Burgos / www.ricoadrados.com

Impresión y encuadernación:
Gráficas Fernan – Bilbao (Vizcaya) / graficasfernand.com



Índice

<i>Introducción</i>	11
---------------------------	----

PRIMERA PARTE EL LIBRO DE LA CREACIÓN

Tierra	25
1. Símbolos de resurrección	27
2. Fronteras y ecotonos	31
3. Un suelo fértil	35
4. Rumiar la vida	39
5. El barbecho y la rotación espiritual	43
Aire	47
6. El efecto bandera	49
7. Coeficiente de esbeltez	53
8. Neumatóforos	57
9. No perder la capacidad de volar	61
10. Escuchar de nuevo	66
Agua	71
11. Servicios ocultos	73
12. Drenaje espiritual	77

13. Rehabilitar la pureza	81
14. Masa crítica	85
15. Catalizadores del Reino	89

SEGUNDA PARTE
EL LIBRO DE LA EXPERIENCIA

Ciencia	99
16. Hombros de gigante, pasos de enano	101
17. Trastorno por déficit de espiritualidad	105
18. Un cordón umbilical virtual	109
19. La prueba de Turing y el silencio de Dios	113
Arte	117
20. El arte de recomponer lo roto	119
21. La máscara cae	123
22. Hojas de contactos	127
23. Museo, hotel, casa	131
Teología	135
24. El colmo del misterio	137
25. Agradecer lo que no tengo	141
26. Lo relativo y lo absoluto	145
27. Hacer de la necesidad virtud	149
Lenguaje	153
28. Conversación y conversión	155
29. ¿Sanación o salvación?	160
30. Anacronismos y herejías	164
31. El sentido del sacrificio	168

Política	173
32. Declaración de interdependencia	175
33. El centro y la periferia	179
34. Interrupción	184
35. Poder blando	188

Introducción

Un elemento central de la fe cristiana es la creencia en un Dios «creador de cielo y tierra, de todo lo visible y lo invisible». Esta convicción es tan importante que aparece en el primer artículo del credo. Junto a judíos y musulmanes, los cristianos afirmamos que Dios hizo el mundo y sigue, de algún modo, actuando en la historia, presente en los acontecimientos cotidianos y en la propia creación.

La fe cristiana, sin embargo, desde muy pronto se desarrolló en ciudades, desconectada de la experiencia nómada del pueblo de Israel y alejada del mundo rural y agrícola en el que –siglos más tarde– evolucionará el cristianismo. Nuestra fe, afirman los historiadores de la Iglesia, tuvo un marcado carácter urbano en sus principios, a pesar del origen campesino y artesano de Jesús y de los primeros discípulos. Dos milenios después, en un contexto histórico marcado por la urbanización acelerada y por la digitalización de la mayoría de los ámbitos de la vida, nuestra realidad cotidiana contrasta todavía más con las metáforas y las imágenes bíblicas.

Contrasta porque cada vez vivimos más desconectados de los ciclos de la naturaleza, olvidando nuestra condición de seres creados y nuestra dependencia del conjunto de la creación. La necesidad de construir parques, granjas-escuelas, jardines botánicos y zoológicos cerca de las ciudades refleja la distancia cultural y afectiva del

mundo natural. Por ello, quizá como nunca en la historia, los cristianos necesitamos volver a las raíces de nuestra fe, profundizando en la creencia en un Dios creador, prestando atención a la creación como lugar privilegiado de revelación.

La Biblia, en este sentido, resulta de gran ayuda. En ella encontramos muchos relatos donde la manifestación de lo sagrado y el encuentro con Dios suceden en medio de la naturaleza: en el desierto, en el descampado, en el camino, en el campo, en la tormenta, junto al río, a la orilla del lago, en medio del mar. En definitiva, en lugares alejados de la civilización y de la presencia humana. En esos lugares acontecen lo que los teólogos y fenomenólogos de la religión denominan *hierofanías* –manifestaciones de lo sagrado– o *teofanías* –manifestaciones de Dios–.

Recordemos, por ejemplo, el sueño de Jacob y su combate a brazo partido con Dios; o el encuentro de Moisés ante la zarza ardiente; o el largo camino por el desierto del pueblo de Israel; o la experiencia de soledad de Juan el Bautista; o la misma oración de Jesús, habitualmente alejada de las sinagogas y los pueblos. La lista continúa, pero basten unas pocas referencias para darnos cuenta de que la mayoría de estas experiencias de búsqueda y encuentro con Yahvé acontecen en la creación.

El aislamiento y el silencio que caracteriza a los lugares despoblados es escuela de contemplación. Y este es el primer y más importante requisito para encontrarse con Dios. El silencio exterior ayuda a hacer silencio interior, a prestar atención, a serenar los pensamientos y analizar la intención de nuestras acciones. Nos ayuda sobre todo a escuchar, a escuchar a Dios.

Porque Dios habla y se expresa de múltiples maneras por medio de sus criaturas. Como recuerdan las Escrituras, la presencia oculta de Dios se revela progresivamente en el agua purificadora del río (Juan el Bautista), en el fuego incombustible de la zarza (Moisés), en el fragor de la tempestad (Jonás), en el sobrecogimiento de la montaña (la transfiguración del Tabor) o en el silencio purificador del desierto (las tentaciones de Jesús).

Y, lo que es todavía más importante, en la creación se escucha la llamada a transformar la propia vida y aceptar la misión que el creyente descubre en su encuentro con el Dios creador. Moisés, David, los profetas de Israel, Juan el Bautista y Jesús buscan intencionalmente pasar tiempo a solas, alejados de la gente, en contacto con la creación. ¿Para qué? Para renovar sus fuerzas, para aclarar sus ideas, para curar sus heridas, para superar la tentación, para enfrentar la soledad, para discernir, para salir transformados. En definitiva, para descubrir la voluntad de Dios.

No debemos olvidar que Jesús y los discípulos eran, todos ellos, hombres de campo, agricultores, pescadores y artesanos que vivieron desde muy jóvenes un contacto directo con los animales, las plantas, el aire, la tierra y el mar. Quizá por ello, buscar y hallar a Dios en la creación les pareciese algo de lo más evidente. Francisco nos lo ha recordado en su encíclica *Laudato si'*: «El universo se desarrolla en Dios, que lo llena todo. Entonces hay mística en una hoja, en un camino, en el rocío, en el rostro del pobre. El ideal no es solo pasar de lo exterior a lo interior para descubrir la acción de Dios en el alma, sino también llegar a encontrarlo en todas las cosas» (LS 233).

De hecho, así fue en la vida de Jesús. Muchas de las predicaciones, milagros, conversiones y curaciones más

significativas tienen lugar en los caminos o en lugares despoblados; no en el Templo, ni en las plazas de los pueblos, ni en las ciudades. Las bienaventuranzas –el núcleo de su mensaje sobre el Reino de Dios– son proclamadas en el campo. Jesús camina sobre las aguas y calma la tempestad en medio del lago de Genesaret. En los campos, por las colinas, junto a los pozos, en los márgenes de los caminos o en la orilla del lago de Genesaret tienen lugar las escenas más significativas de su vida. Incluso el huerto de los olivos y el monte Gólgota se ubican en los márgenes de la ciudad santa, en la zona liminal que separa el mundo urbano del mundo rural circundante. Es más, tras su resurrección, se vuelve a aparecer en la orilla del lago. Y después de su marcha, el etíope del libro de los Hechos y el mismo Pablo de Tarso también descubrirán su presencia transformadora –como sucedió antes con los discípulos de Emaús– en camino, peregrinando, fuera de la ciudad.

Dios –parecen sugerirnos las Escrituras– nos conduce del centro a la periferia: de Egipto al desierto, de Jerusalén a Belén, del palacio de Herodes al huerto de los olivos, del Templo al monte Gólgota. Del mundo hecho por el hombre, al mundo creado por Dios.

Siguiendo esta intuición bíblica, el conjunto de meditaciones que recoge este libro pretende acompañarnos a tres lugares donde la divinidad se revela: la creación, la Escritura y la experiencia humana. Tres lugares que conforman, según la tradición cristiana, los *tres libros de la revelación*. Los textos que tienes entre manos se inspiran en esa tradición.

La primera parte trata de leer el *libro de la creación*. Partiendo de observaciones del mundo natural, las re-

flexiones profundizan en aspectos particulares de la fe cristiana. Organizadas en torno a tres grandes bloques temáticos –*tierra, aire, agua*– profundizan en aspectos concretos de la experiencia cristiana. Por ejemplo, la sorprendente regeneración que han experimentado los ecosistemas que rodean la población de Chernóbil tras la catástrofe de la central nuclear o el corredor ecológico que se generó a lo largo del Telón del Acero durante los largos años de la Guerra Fría sirven para ilustrar el sentido de la resurrección. Las prácticas agrícolas de la rotación de cultivos y del barbecho ayudan también a comprender la importancia de la diversidad y del reposo en la vida espiritual. Mirando al cielo y a la tierra, la sorprendente capacidad de volar de las aves o de rumiar de algunos animales son espejos en los que contemplar nuestros dones más preciados. Al mismo tiempo, las modernas técnicas bioacústicas nos están permitiendo redescubrir también la centralidad de la escucha, como señala insistentemente la tradición bíblica.

La segunda parte se centra en el libro de la experiencia. Inspiradas en vivencias humanas y en diversos relatos bíblicos, las reflexiones se agrupan en varios bloques temáticos. El primero, titulado «Ciencia», toma como punto de partida la experiencia científica y el conocimiento técnico que el ser humano ha alcanzado para responder antiguas preguntas, de tipo espiritual y teológico. Por ejemplo, la reflexión académica en torno al trastorno por déficit de atención e hiperactividad sirve de entrada al debate sobre los efectos de un déficit de espiritualidad. El llamado test de Turing, central en la historia de la inteligencia artificial, ilumina la pregunta por el silencio de Dios. Por otro lado, las nuevas experiencias que la rea-

lidad virtual posibilita plantean también de modo nuevo antiguas cuestiones sobre la relación entre el ser humano y Dios.

El segundo bloque, «Arte», se centra en la experiencia artística, que sirve de trampolín para indagar otro tipo de cuestiones espirituales. Por ejemplo, la técnica de alfarería japonesa del *kintsukoroi*, o «arte de recomponer lo roto», es el punto de partida para reflexionar sobre la restauración del mundo y la experiencia de la resurrección. La fotografía, por otro lado, ayuda a plantear preguntas sobre aquello que, siendo valioso, ha quedado oculto —como las hojas de contactos de los antiguos negativos— o aquello que se muestra en situaciones particulares, insólitas —como al fotografiar a las personas saltando—. Las casas museo, por último, se convierten también en lugar de reflexión en torno a la importancia de habitar el espacio que ocupamos y dotarlo de significación.

El tercer bloque, «Teología», parte de vivencias humanas y experiencias espirituales recurriendo a la razón teológica para exponer algunas cuestiones clave en la vida de fe. Por ejemplo, la experiencia cristiana de la comunión con Dios, fuertemente relacionada con la encarnación, se ilumina contraponiéndose a la tentación de la excarnación. Frente a las patologías contemporáneas de la ansiedad, la depresión y la falta de atención, se reflexiona sobre la importancia de volverse indiferentes y sobre la conveniencia, incluso, de dar gracias por aquello que no tenemos. En relación con esta cuestión, se plantea también la sabiduría de hacer, de la necesidad, virtud.

El cuarto bloque, «Lenguaje», se fija en la experiencia lingüística y (valga la expresión) la «inteligencia filológica» para profundizar en el sentido de conceptos teológi-

cos de gran importancia. La primera de las meditaciones juega con los términos *conversión* y *conversación*, dado que ambos están estrechamente ligados en la experiencia espiritual cristiana. Algo similar sucede con la salvación y la sanación, tan cercanas y tan lejanas al mismo tiempo. Los anacronismos que empleamos a diario sirven también para entender mejor la pervivencia de la herejía y la dificultad para cambiar nuestros modos de pensar.

Por último, la quinta sección, «Política», recurre a la experiencia colectiva y a algunos acontecimientos de la historia de los pueblos para establecer paralelismos con la historia del cristianismo. Por ejemplo, la reivindicación de la autonomía política y de la independencia no puede desligarse del reconocimiento de la interdependencia. Esta experiencia histórica no solo tiene un reflejo en vida de las personas, sino también en su relación con Dios. El modelo centro-periferia utilizado en la ciencia política ilustra también el modo de proceder del Dios bíblico, y el particular interés de Jesús por los márgenes y las periferias. Resonancias teológicas similares tienen las distinciones políticas entre un poder blando y un poder duro, o la experiencia de la interrupción, experimentada recientemente durante la pandemia.

PRIMERA PARTE
EL LIBRO DE LA CREACIÓN



Juan Pablo II afirmó que Dios ha escrito un libro precioso, «cuyas letras son la multitud de criaturas presentes en el universo». La idea de la existencia de un *libro de la creación*, en el que podemos descubrir la revelación divina, es, sin embargo, muy antigua. Proviene de los primeros pensadores cristianos y ha tenido también un largo recorrido en otras tradiciones espirituales, como la cábala judía. Junto al *libro de la Escritura* –la Biblia– tendríamos, según la tradición, el *libro de la creación*, un libro al que teólogos y místicos nos invitan a acercarnos para meditar sus palabras. Ambos, con estilos, gramáticas y alfabetos muy diferentes, nos hablan, sin embargo, de su único Autor. Y ambos están pidiendo ser meditados e interpretados.

La propia Biblia, de hecho, sugiere ambas vías de acceso a la revelación cuando nos invita a reconocer en la creación un espléndido libro en el cual Dios se comunica y refleja algo de su hermosura y de su bondad: «A través de la grandeza y de la belleza de las criaturas, se conoce por analogía al autor» (Sab 13,5), afirma el autor del Libro de la Sabiduría. Algunos de los Salmos, como el 104, recogen también la visión mística de una naturaleza creada que alaba a su Creador, invitándonos a sumarnos a su alabanza. Pablo, con un lenguaje más teológico, afirma que «su eterna potencia y divinidad se hacen visibles para la inteligencia a través de sus obras desde la creación del mundo» (Rom 1,20). Por otro lado, en los escritos de los santos encontramos referencias veladas a este libro. La *Regla* de san Benito, el *Cántico de las criaturas* de Fran-

cisco de Asís o la *Contemplación para alcanzar amor* de Ignacio de Loyola plantean, cada uno a su manera, caminos para descubrir las huellas del Dios creador en el mundo creado.

Con el paso de los siglos, se ha propuesto considerar la existencia de un tercer libro en el que Dios escribió, aunque con un lenguaje diferente del de los otros dos. Se trata del *libro de la experiencia*; la experiencia humana recogida no solo en las biografías de los santos o en el testimonio de los muchos personajes que pueblan la Biblia, sino, sobre todo, en el itinerario espiritual de cada uno de nosotros. A diferencia de los otros dos libros, para leer el *libro de la experiencia* es necesario realizar un ejercicio de introspección, meditación y examen de la propia vida. Si los dos primeros libros los encontramos fuera, en el exterior, este tercero se encuentra dentro de cada uno, en nuestro interior.

Los grandes maestros espirituales de todos los tiempos—desde los primeros Padres del Desierto hasta Carlos de Foucauld o Teresa de Calcuta— han insistido en la importancia de leer con asiduidad este tercer libro para poder interpretarlo y, de este modo, vivir según la voluntad de Dios. Los *Ejercicios espirituales* de san Ignacio no son el único método para interpretar el *libro de la experiencia*, pero sí son, probablemente, uno de los métodos mejor organizados y sistematizados de los que disponemos.

La existencia de los tres libros de la revelación apunta, por último, al modo de ser del Dios cristiano, una Trinidad en la que las tres personas entran en comunicación y comunión permanente. El Padre habla en la Escritura, la Palabra de Dios. El Espíritu está presente vivificando, iluminando y dejando su huella en la creación entera. El

Hijo encarnado habita en nuestra intimidad, escribiendo en nuestro interior, mostrándonos el modo auténtico de ser humanos.

Podríamos afirmar que, tal y como sucede con la Trinidad, de igual modo los tres libros se complementan, dialogan y se necesitan mutuamente para poder ser interpretados. El problema es que la mayoría de los creyentes tendemos a separar o minusvalorar la importancia de alguno de ellos. Quizá esta sea también la razón por la que olvidamos la centralidad de la Trinidad para la fe cristiana.

Los motivos que nos han conducido al olvido son varios. En ocasiones da la impresión de que el propio Dios escribe con renglones torcidos o usa un lenguaje indescifrable. Son esos momentos en los que nuestra vida interior se vuelve caótica; la naturaleza, hostil, y la Biblia, incomprensible. San Buenaventura, tratando de entender el porqué de esta opacidad, afirma que el ser humano al principio podía descubrir de forma espontánea cómo cada criatura «testifica que Dios es trino». Antes de la caída, el reflejo de la Trinidad se podía reconocer en la creación, «cuando ni ese libro era oscuro para el hombre ni el ojo del hombre se había enturbiado».

El papa Francisco, siglos después, nos ha invitado a recuperar la visión originaria: «Para los cristianos, creer en un solo Dios que es comunión trinitaria lleva a pensar que toda la realidad contiene en su seno una marca propiamente trinitaria» (*Laudato si'* 239). Inspirado en Buenaventura, nos desafía a ver el mundo tal y como lo hicimos al principio de los tiempos: «El santo franciscano nos enseña que toda criatura lleva en sí una estructura propiamente trinitaria, tan real que podría ser espontá-

neamente contemplada si la mirada del ser humano no fuera limitada, oscura y frágil. Así nos indica el desafío de tratar de leer la realidad en clave trinitaria».

Para poder descubrir la marca de la Trinidad a nuestro alrededor y en nuestro interior necesitamos ampliar la mirada y aprender a leer de nuevo. Dios no deja nunca de escribir. Lo hace de muchos modos y en diversos lenguajes. Por eso es importante leer los tres libros de la revelación y aprender a interpretarlos. Si los leemos, si nos hacemos trilingües, quizá podremos volver a encontrar una estructura, una marca y una huella de Dios en todo; porque la creación, la Escritura y la experiencia nos hablan –cada una con su propio lenguaje– del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.